



CANTO SEXTO.



De adalides intrépidos rodeado
Olid, la fiera lucha desastrosa
Miraba desde el templo que elevado
De Coyohuacan, la ciudad famosa,
Fuera en el centro, y se sintió indignado
Al ver que á triste fuga vergonzosa
Se entregaban de España los guerreros,
Y esto dijo á sus bravos compañeros:

8

“Ilustres Capitanes! Este día
“Solo á nosotros el honor de España
“Toca salvar. Con mucha cobardía,
“Con el miedo que al vil siempre acompaña,
“Hoy todos huyen de la lid impía.
“El famoso Cortes que tanta hazaña
“Jactancioso y soberbio se atribuye,
“Como último soldado tambien huye.

16

“Nosotros, pues, corramos tras la gloria,
“Y perezcamos en la lid sangrienta
“O arranquen nuestras armas la victoria
“Al enemigo, y de dolor y afrenta
“Sea para él este día, y su memoria
“Triste y fatal, y de Castilla sienta
“El indio el yugo poderoso y fuerte
“O de él le salve desastrosa muerte.”

24

Poco despues con ruido estrepitoso
De los corceles de correr violento,
De espadas y arcabuces, numeroso
Y tan lijero como el raudo viento,
El escuadron de Olid el valeroso,
De los clarines al agudo acento,
Muchas voces haciendo oír, cruzaba
La calzada que á Méjico llevaba

32

Luego que vió Quauhtémotl inundada
Aquesta de ginetes castellanos,
A Pantécatl así con alterada
Voz habló y á Ponchiuatl: “Veteranos!
“Miro venir con marcha acelerada
“Grande escuadron de jóvenes lozanos:
“De la ciudad apoderarse intenta
“Mientras aquí sostenemos lid sangrienta.

40

“Vuestras fuertes falanges aguerridas
“Vosotros oponed á esos iberos,
“Y de sangre cubiertos y de heridas
“Tornen hoy á Coyohuacan ligeros
“Y llenos de pavor” Apenas oidas
Estas palabras por los dos guerreros,
El gran Panntécatl y Ponchiuatl, fueron,
Cuando del campo aligeros partieron.

48

Llevó Pantécatl, adalid primero,
A los rudos salvajes, atrevidos
Nayaritas, de espíritu muy fiero.
Con los fuertes soldados tan temidos
De Zapotlan, un sitio placentero,
Partió Ponchiuatl. Muchos alaridos
Espantables lanzaban los soldados
Al marchar contra Olid apresurados.

65

Con terrible crujir de los aceros
Desnudaron furiosos las brillantes,
Fuertes hojas los bravos compañeros
Del fiero Olid, al ver que amenazantes
En rápida carrera los guerreros

De Poncíhatl llegaban, atronantes
Gritos dando que pánico infundian,
Y que por toda la Ciudad se oían.

64

El deseo de gloria, tan funesto
A veces para el hombre, la cordura
Robó de Andres Jimenez, un apuesto
Cabo de escuadron que con bravura
Iba á las lides hórridas, dispuesto
A vencer ó morir, y, en su locura,
A su corcel Jimenez cuanto pudo
Hizo sentir el acicate agudo.

72

Porque anhelaba que su espada fuera
La que con sangre de enemiga gente
Se mirase teñida la primera;
Y el bruto generoso y obediente
Salió de filas con veloz carrera;
Pero asoróse al ver de la valiente
Tropa del Nayarit tantos pendones,
Tantos arcos gigantes y lanzones.

80

Y con un fuerte y brusco movimiento
Al infeliz Jimenez de la silla
Arrojó á tierra. Se lanzó violento
Poncíhuatl sobre el hijo de Castilla
Al verle derribado, y con acento
Terrible así le dijo: "De mancilla
Vas á morir cubierto." Y su aguzada
Lanza en el pecho le dejó clavada.

88

Jimenez á las lides en Granada
Asistió cuando apénas se veía
Poca barba nacerle azas delgada,
Y vió salir, en memorable día,
De la ciudad aquella celebrada
Al último rey moro que gemía
Por su Alhambra, y que, lleno de amargura,
De su madre escuchó frase muy dura.

96

Feliz despues, en los paternos lares

Varios años la hiedra de muy breve
Duracion vió nacer, y los azahares
Que en blancura compiten con la nieve,
En los naranjos contempló á millares;
Mas de las armas el amor que mueve
A los valientes á dejar la esposa,
Los hijos y la madre cariñosa

104

Le hizo dejar de nuevo su morada
Y á su padre amoroso, en triste lecho,
Y opreso de vejez desapiadada;
Mas al sentir en su anchuroso pecho
La lazna de Pentécatl aguzada;
De su casa las puertas, y su techo,
Y hasta el gilguero que cantar oía
En su niñez, mirar le parecia

112

Ver creía tambien á sus hermanos
Llorando en torno de él, cual la mañana
Que abandonó su hogar, y de sus manos
Todos asidos, con instancia vana,
Por sns padres ya pálidos y ancianos
Rogarle que no á Méjico, á la insana
Guerra viniese. El pobre moribundo
Un suspiro exhaló largo y profundo.

120

En el suelo se puso azas violento
Higinio Benavides, el fogoso
Corcel dejando, al ver sin movimiento
A Jimenez, que siempre cariñoso
Su amigo fué. Deseaba del sangriento
Combate retirarle estrepitoso;
Mas proyectiles sobre de él llovieron,
Y de sangre y heridas le cubrieron

128

Y á los cuerpos de aquellos valerosos
Soldados españoles mil heridas
Hizo el casco tan duro de los briosos
Corceles que á las lides homicidas
Volaban, pues pasaron presurosos
obre ellos; y de sangre hasta las bridas

Del caballo y las cinchas alongadas
Poco despues estaban empapadas 136

Tan numerosas víctimas la Guerra,
Que de sangre es tan ávida, en momentos
Dejó yertas y exámenes en tierra,
Que cual combaten impetuosos vientos
A los gigantes robles de la sierra,
Así los españoles tan violentos
Furiosos contra el indio acometieron,
Y muchos en la liza perecieron. 144

Hermenegildo Gomez que inspirado
Cantó versos duleísimos á aquella
Virgen hermosa, que del Dios Inereado
Es Madre pura, y cuya planta huella
Luceros á millares, derribado
Cayó al suelo ¿No has visto como estrella
Alguna vez el niño que se enoja
Débil juguete que de lo alto arroja? 152

De la propia manera mil pedazos
De Topiltzin la maza ponderosa
Hizo de Gómez la cabeza: Abrasos
Estrechos dió á su madre cariñosa,
Al dejarla el ibero; y en sus brazos
Antes que éste partiera á lid tortuosa,
Mucho la anciana le oprimia llorando,
Mil y mil besos á su frente dando. 160

La sangre de otros muchos castellanos
Enrojeció esta vez la gran calzada,
Y tambien sobre fuertes veteranos
Zapotecas la muerte despiadada
Descargó su guadaña. A mil ancianos
Y á nuestra esposa joven y agraciada
La Parca cruelísima este día
Arrancó tristes ayes de agonía. 168

Era tan grande el ruido del sangriento
Y terrible combate encarnizado

Que llegaba hasta el alto firmamento;
Mas Pantécatl su grito prolongado
Hacia oír doquier: con tanto aliento
Furioso hablaba, y todo ensangrentado
Como si el Númen de las lides fuera,
Buscaba á Olid en la batalla fiera. 176

“Venga, decía, el Capitan primero
“De los fuertes cristianos, y que llegue
“A do tocarle pueda mi certero
“Lanzon, y haré que de rodillas ruegue
“Al indio que al instante postrimero
“No le arrastre; veré que el suelo riegue
“Con triste llanto, y que angustiado muera,
“Y me reiré de su afliccion postrera.” 184

Apénas de los labios del guerrero
La palabra final habia salido,
Cuando en su sangre se bañó el acero
Del iracundo Olid. El aguerrido
Nayarita feroz contra el ibero,
Lanza en mano, arrojóse; mas herido
De la cabeza, cual torrentes rojos,
Toda su sangre le anegó los ojos. 192

Y vaciló su cuerpo unos instantes,
Así cual vacilar suele la aguja
De balanzas, si diestros comerciantes
Dos pesos miden, y uno sobrepuja
Poco al otro. Y Olid con atronantes
Voces gritaba: “Veterano, empuja
“Tu gran lanzon sobre mi pecho fuerte,
“Y hoy el dolor yo sienta de la muerte.” 200

Y en sus labios sonrisa mofadora
Se dejó ver, y todavía iracundo,
Con gran vigor su espada matadora
En la garganta hundió del moribundo,
Y gritaba con voz atronadora:
“¡Viva Castilla! Al universo mundo

"Nuestro grande poder por siempre oprima.
"La tierra esclava de nosotros, gima." 208

Cuando los indios vieron derribado
De Pantécatl el cuerpo todo herido,
En tierra, y del ánima privado,
De duelo alzaron lúgubre alarido;
Y ni el mismo Poncihuatl denodado
El combate sostuvo ántes reñido,
Porque el temor, en rápida carrera,
A todos de la liza sacó fuera. 216

Y del Templo Mayor al espacioso,
Gran circuito llegaron aterrados,
En tropel y desórden espantoso,
Grupos de peones por diversos lados,
Y de cerca los seguía el fogoso
Y soberbio corcel de los soldados
Iberos, y cruel Muerte y homicida
Contuvo á muchos indios en la huida. 224

Cuando Cortes, de Olid y sus guerreros
Ya muy cerca del templo relucientes
Los cascos vió brillar y los aceros,
Con vigorosa voz á los valientes
Cabos de España dijo: "¡Compañeros!
"Antes que el sol sus rayos esplendentes
"Oculte hoy, en pedazos á millares
"Idolos rodarán de sus altares." 232

"Mirad allá: las armas castellanas
"Ya del Templo Mayor el alto muro
"Casi tocan. Las huestes mejicanas
"No podrán sostener, os lo aseguro,
"La lid instantes más." No fueron vanas
Del héroe estas palabras, porque oscuro
La pólvora terrible el horizonte
De la calzada puso y de aquel monte. 240

Pues el temor huyó de los soldados
De Cortes y del triunfo la esperanza

Al combate los hizo denodados
Tornar y á la bárbara matanza;
Y el plomo que á corceles afamados,
Y en la carrera rápidos, alcanza
Si pólvora le impele, del ibero
Muy temido arcabuz, salió ligero. 248

Y á hundirse fué en el cráneo, en la garganta
Y en el pecho de muchos mejicanos,
Capitanes y peones, cuya planta
No más pisó la tierra, que en las manos
De la muerte cayeron. "Hoy con cuanta
"Fuerza podais, luchad, ¡oh Castellanos!
(Gritó Cortes) La azteca monarquía
"A su funesto fin llegó este día." 256

Al mismo tiempo con terribles voces
Los caudillos de Anáhuac á la lucha
Incitaban las huestes que veloces
Huían de la lid. Con fuerza mucha
Gritaba Quauhtemótzin: "¡Por los dioses!
"Ya la voz del honor ninguno escucha
"De los hijos del suelo mejicano.
"Todos tiemblan al ver al castellano. 264

"¡Aztecas! Deteneos. No acobardados
"El campo abandoneis, que la carrera
"No nos salva la vida. Encarnizados
"Los enemigos, cual tormenta fiera
"Alcance nos darán. Desordenados
"Nosotros por el miedo, ni siquiera
"Podrémos defendernos. . . . Con la huída
"Ni el honor salvarémos, ni la vida." 272

Así á volver, Quauhtémotl, al temido
Cruel combate invitabas á las haces;
Pero en vano. Más fácil habría sido
Contener á las fieras montaraces
Cuando medrosas huyen porque el ruido
A sus oídos llegó de los audaces

Cazadores. Ni jefes ni soldados
Esecharon tu voz acobardados. 280

Y del Templo Mayor al espacioso
Gran circuito llegaron confundidos
Peones y caudillos; y espantoso
Era el desórden. Fuertes alaridos
Se oían por doquiera, y angustioso
El quejo de muchísimos heridos,
Y el correr por las calles de ligeros
Corceles de soldados extranjeros. 288

Unida entónces de Cortes la hueste
A la tropa de Olid, más desastrosa
Siguió la lucha. "¡Mejicanos! Este
"Día tan sólo el alma belicosa
"De los soldados al Imperio aqueste
"Libertará de esclavitud odiosa.
"Si salvar á la patria no logramos,
"Antes que ser esclavos sucumbamos. 296

"No miren nuestros ojos que extranjera
"Planta este sitio pise venerado.
"Salgamos todos del recinto fuera
"El combate á seguir encarnizado
"Por nuestra patria hasta que Muerte fiera
"A la dura fatiga del soldado
"Ponga fin: ya cadáveres quedemos,
"Ya en la sangre española nos bañemos." 304

Así hablaste, Quauhtémotl, y violento
Saliste del circuito dilatado
Del templo de la guerra, y á tu acento,
El amor de la Patria, amor sagrado,
Hijo de los cielos, al sangriento
Y terrible combate y malhadado
Hizo volver los muchos batallones
De aztecas y auxiliares campeones. 312

Y aunque el celeste espacio ya perdía
El hermoso color de gualda y oro

Que el espléndido sol dádole había
Al morir, la lucha estrepitosa
Volvió á trabarse con furor. Ardía
La castellana gente belicosa
En deseos de seguir el sanguinario,
Rudo combate dentro el gran santuario. 320

Por su parte el azteca, decidido
A caer al golpe de la dura Muerte
Antes que ver su templo tan querido
En extraño poder, muy grande y fuerte
Resistencia oponía, y en reñido
Y obstinado combate, de esta suerte,
Y del Templo Mayor fuera del atrio
Vertió su sangre por su suelo patrio. 328

Y la del jóven Tóltzin la primera
Fué en correr esta vez. Tóltzin las rosas
Con que viste la alegre primavera
De Méjico los prados, las hermosas
Lagunas y la dulce compañera
Del sol, que en las noches silenciosas,
Invernales obstenta más belleza,
En lienzo dibujó con gran destreza. 336

Quando la triste nueva aterradora
Del arribo de tropas extranjeras
Turbó la paz de Méjico, en mala hora,
Motezuma á do estaban las iberas
Falanges que la guerra asoladora
Le traían, envió de las primeras
Ciudades del Imperio los pintores
Que aclamaba la Fama por mejores. 344

La escuela de Tezcoco respetada
Por sus muchos y célebres pintores
Envío á Tóltzin que, en tela delicada
Y grande, con riquísimos colores
Los arcabuces dibujó y la espada,
Los soberbios corceles corredores,

Los pesados cañones, la bandera,
Y hasta los trajes de la gente ibera. 352

Y aquella tarde triste que la tea
De la guerra los bravos combatientes
Encendieron, igual en la pelea
Tóltzin no tuvo, que á los más valientes
Sobrepujó en hazañas; mas de Olea
Le hirió la fuerte espada, y en torrentes
La sangre del intrépido soldado
Corrió en el suelo que dejó manchado. 360

De muchos de los ínclitos varones
De la España también la tarde aquesta
Dejaron de latir los corazones,
Y la Parca terrible y tan funesta
Aquellos conocieron. Los bridones
A Juan Falcon, que de figura apuesta
Era, pisaron; mas su cuerpo hermoso
Sacó del campo Olid el belicoso. 368

Y todo ensangrentado y todo herido
A Xóloc le llevaron cuidadosos
Muchos peones, que era muy querido
De todos los iberos belicosos,
Porque fué de las ciencias protegido,
Muchos consejos daba provechosos,
Y con palabra convincente unía
A los que Ira terrible dividía. 376

Los siete sacerdotes que durante
El tiempo todo que en el ancho cielo
Estuvo el sol espléndido y brillante
Pasaron de rodillas en el suelo,
En el pecho las manos, y delante
De un crucifijo, orando con anhelo
En Xóloc, del combate furibundo
Vieron sacar al pobre moribundo. 384

Y tendieron solícitos sus mantos
A la sombra de un árbol muy crecido,

Y allí el Manjar, delicia de los santos,
Manjar celeste, recibió el herido.
De su pecho salieron unos cuantos
Tristes suspiros, exhaló un gemido,
Gruesas gotas de llanto derramaron
Sus ojos, y por siempre se cerraron. 392

Y en la terrible liza en ese instante,
Xicotécatl á todos los guerreros,
Con voz tan fuerte que aun el más distante
Pudo oírle, gritaba: «¡Compañeros!
«Nada esta vez vuestro valor quebrante,
«Ni cobardes huyais de los aceros
«Del enemigo: De salvar se trata
«La libertad, como la vida, grata. 400

«Nuestros templos también, que si vencidos
«Quedamos por las armas de Castilla,
«Nuestros altares se verán destruidos;
«Nuestros hijos cubiertos de mancilla,
«Y en humildes esclavos convertidos;
«Ante un dios extranjero la rodilla
«Doblarán.....Sabed desde este día
«Lo que esperamos de esa gente impía. 408

«Un hijo Axcaxóchtli ofreciendo
«Estabamos á los dioses, y el malvado
«Cortes al templo penetró blandiendo
«Su espada; y en el ídolo sagrado
«Del gran Tláloc un golpe tan tremendo
«Furioso descargó que, aunque pesado
«Ese ídolo, pues de oro fué construido,
«Cayó en el suelo con medroso ruido. 416

«*¡Mi espada hiere dioses!* atronante
«Gritó furioso, el insolente ibero,
«Y hacia nosotros con feroz semblante
«Sus ojos dirigió, y azas ligero
«Se apoderó del niño; y arrogante
«Del santo templo retiróse. Al fiero

«Combate, pues. Decídase en la guerra
«Quien ha de ser el dueño de esta tierra» 424

Cesó de hablar, y luego denodado
Al castellano se acercó violento,
Y de aquel heroe en poz, entusiasmado,
Lanzando gritos, iba un regimiento.
Nunca el hombre la yedra ha contemplado
Tan arrimada al árbol corpulento
Que es su sosten, cual cerca esos guerreros
Se hallaron esta vez de los iberos. 432

Y la sangre de Méjico mezclada
Con la de Iberia sin cesar corría.
No del heroe esta tarde malhadada,
Ni del pobre peon se condolía
La cruel y dura Muerte.....y ¡apiadada
De algun ser la hemos visto un solo día?.....
Por ella muchos heroes y soldados
La tarde aquesa fueron inmolados. 440

Y aunque no hubo entre aztecas y auxiliares,
En la lucha mortífera, un cobarde,
Que hacer todos proezas militares
Querían, Xicoténcatl esa tarde
Sin su sosten dejó muchos hogares;
Y Santiago Carrion que siempre alarde
De gran valor é intrepidez hacía,
Herido por aquel murió ese día. 448

Y Mauricio Contreras y su hermano
José, Manuel Hernández que modelo
Fué siempre de honradez, Miguel Medrano,
Y de Ibería otros hijos en el suelo
Nahuatlaca, heridos por la mano
Del Tlaxcalteca que sembraba el duelo
Y el terror en el campo, y derribados,
A la cruel Parca fueron entregados. 456

Cortés que vió sus tropas destrosadas

De Xicoténcatl por el brazo fuerte,
Así gritó: «¡Soldados! las espadas
«Que á tantos heroes ínclitos la muerte
«Causaron en las lides obstinadas
«¿No hieren ya?.....La veleidosa suerte
«Y voluble otorga hoy de la victoria
«A un tlaxcalteca la envidiable gloria 464

«Es Xicoténcatl, vedle,.....¡Compañeros!
«Que al pecho del traidor y fementido
«Hoy se dirijan todos los aceros
«De los muchos varones que venido
«Hemos de España, y que los pies iberos
«En la sangre se bañen del vencido,
«Del infeliz vencido moribundo.”
De esta suerte Cortes habló iracundo 47

Y, por su acento bélico arrastrados,
Contra el gran tlaxcalteca valerosos
De Castilla muchísimos soldados
Se arrojaron; y gritos pavorosos,
Y muchos *vivas* y *hurras* prolongados
En el campo se oyeron; y furiosos
Los combatientes, en la lid reñida,
No en la muerte pensaban tan temida 480

Como se ve de rayos circunadado
Al asomarse el sol en el Oriente
O en Ocaso, al hundirse, así rodeado
De las espadas de enemiga gente
Xicoténcatl se vió; mas denodado
No palpar su corazon valiente
Sintió de miedo; y de la muerte en manos
Su brazo puso á muchos castellanos. 488

Y cuando más estragos él hacía
En la hueste de Iberia, golpe rudo
Con mano de gigante Holguin García
En la cabeza dióle, y ya no pudo,
A pesar de su fuerza y valentía,

Lidiar el heroe, y en la tierra mudo,
Sin sentido cayó; y azas ligero
De la batalla le sacó el ibero

496

Entónces el azteca enfurecido
Con terrible algazara clamorosa
Y con medroso estrépito, aguerrido
Acometió; y la lucha desastrosa
Tal vez obstinada habría seguido;
Pero llegó la noche silenciosa,
Y los arcos, las lanzas, los aceros
De las manos quitó de los guerreros.

504



Canto Séptimo.



Apénas comenzaban de las aves,
En la ciudad de Méjico espaciosa
Y en el campo español, los trinos suaves
A oirse, cuando en junta numerosa
Los caudillos de Iberia y los más graves
Ancianos que en Tlaxeala de famosa
Reputacion gozaban se reunieron,
Y en silencio gran rato no estuvieron

8

Los primeros escaños Alvarado,
El duro Olid, el de alma compasiva
Sandoval, Maxixcátzin respetado
Y muy querido en su ciudad nativa.
Tlehuejolótzin que infeliz llorado
Había muchos años la aflictiva
De su hijo muerte trágica, ocupaban,
Y detras muchos heroes se miraban

16

De ancianos y guerreros no distante,
Sentado en una piedra, estaba Olmedo,
Que era un varon de pálido semblante,
De dulce trato y de carácter ledo;
Mas de mirada fija y penetrante,
Y de esos corazones que ni el miedo